

EL AROMA DE LAVANDA

El aroma de lavanda me trae un vívido recuerdo de mi infancia. Cierro los ojos y me traslado de forma inmediata a la cocina de casa de mi abuela, las tardes de invierno, mientras veía nevar al otro lado de la ventana.

Lola venía dos veces por semana, y las dos compartíamos la cocina, cada una con su tarea. Era una mujer mayor de Las Ilces, que afrontaba su miseria trabajando para familias como la mía. Ponía su esfuerzo en la plancha pero me dedicaba a mí todo su amor de madre frustrada.

Sentada en un rincón, yo hacía mis deberes de la escuela, con esforzada caligrafía en los cuadernos Rubio, operaciones aritméticas con aciertos y desaciertos, dibujando la silueta de la península con la plantilla de mis hermanos.

Ella planchaba mirándome de reojo, y pronto se aburría del silencio, así que enseguida nos poníamos con nuestras charlas. Comenzaba hablando del tiempo, el punto de partida de cualquier lebaniego que se precie para una conversación. Y de ahí daba un salto en el tiempo a las historias de su niñez, sus padres fallecidos prematuramente y su novio perdido en la guerra, quedando ella a cargo de sus hermanos, tantos proyectos abandonados, su juventud olvidada.

Cuando terminaba con el montón, Lola colocaba entre la ropa unas ramitas de lavanda que traía cada día, y se sentaba a mi lado, para verme escribir en mi cuaderno. Yo le explicaba los ríos y los montes, “¡Qué grande es el mundo!” me decía con incredulidad. Y a continuación seguía con su parloteo. Me parecía que su vida era rica en vivencias, envidiable en su sencillez. Aprendí a fabricar jabón, con sebo y sosa cáustica, a mezclar la carne de los chorizos, a lavar la ropa en el río, a amasar el pan. Nunca puse en práctica nada de esto.

Pero sin darse cuenta lo que mejor me enseñó fue a planchar. Con manos delicadas de pianista rociaba agua sobre las sábanas de algodón, alternando las pesadas planchas de hierro que calentaba en la lumbre. Concentraba mi mirada en sus manos expertas, doblando amorosamente la ropa, acariciándola con dulzura y minuciosidad, como si cada prenda fuera una camisa para su amor de juventud, como si cada sábana fuera para su ajuar de novia, como si la ropita de mi hermano pequeño fuera para el niño que nunca tuvo.

Por eso me gusta planchar, me parece oír de fondo el sonido de su voz con sus historias, y percibo con claridad el fragante aroma de lavanda entre la ropa recién planchada.

Susana Fontán Oñate